

DISCURSO DE CONTESTACION

Por el Excmo. Sr. D. Carlos García Fernández

Nos cumple dar la bienvenida a esta casa, a un escritor joven que solo con su presencia pone de manifiesto la certidumbre de que no hay en ella nada de los llamados «obstáculos tradicionales».

Así lo proclamamos al inicio de nuestro discurso porque en el que contestamos se nos da una lucida nómina de escritores jóvenes sevillanos, cuyos nombres no es la primera vez que suenan en esta casa, que encontrará en ellos la mejor cantera para el futuro.

No sabemos qué es lo que ha decidido a nuestro querido Director a hacer nuestra designación, quizá lo haya sugerido el nuevo Académico, porque ciertamente hay entre uno y otro una serie de coincidencias que hacen explicable la razón de que se me haya encomendado el contestar.

Abogados ambos con ejercicio profesional continuado e impenitentes literatos que no buscamos en la literatura una más o menos cobarde evasión, sino un indispensable complemento para nuestra vida, una llamada que no podemos desoir.

Mas hay también una inesperada y grata circunstancia que ha surgido al evocar los tres nombres de las personas que influyeron en él. Así Juan de Dios Ruiz Copete nos habla de un familiar suyo, el Profesor Don Laureano del Toro, y, curiosa coincidencia, hemos sido discípulos de él y testigos de su admirable entusiasmo en la labor pedagógica, porque contribuyó a estimular nuestras aficiones.

También evoca a Higinio Capote, el gran amigo de Cernuda, catedrático, con cuya amistad nos honramos y al que tuvimos

la alegría de dar la buena noticia de que había sido repuesto en la Cátedra de la que, con más pasión que justicia, había sido privado. Catedrático, poeta, pintor, fue toda una noble vida dedicada a los más puros afanes y dejó, tuvo esa fortuna, un hijo seguidor de sus tareas literarias.

Se nos habla en este discurso de la narrativa andaluza y se dan muchos nombres de novelistas, pero en el recuerdo inicial a su predecesor en el sillón no debe faltar, aparte de los muchos méritos de don Santiago Montoto, recogidos con acierto y precisión, el recuerdo de que él había escrito varias novelas de costumbres, de las que preferimos dos: «La maldita elegancia» y «La novela de mi amigo», que recogen dos aspectos de la vida andaluza, la primera de ellas la vida rural, la segunda la vida social hispalense.

Están en la línea de Fernán Caballero, que llevó a su obra «la mejor Andalucía», según el maestro Azorín, pero recuerdan también al jerezano jesuita Luis Coloma, porque ambas novelas son de clave y originaron a su publicación gran revuelo y comentarios diversos, siendo descifradas a gusto de cada cual, de la forma más variada. Ahí están estas obras y otras del mismo género, con su excelente prosa, su interpretación noble de la vida sevillana y un indudable afán de defender las costumbres del mundo antiguo. Queremos poner al frente de esta floración novelística andaluza, de la que hoy se nos ha hablado, a Santiago Montoto en su calidad de buen novelista.

Juan de Dios Ruiz Copete nació en Sevilla, porque nacer en Prado del Rey, en la prolongación de la Sierra Penibética, es haber nacido en una tierra que pertenecía a los propios de la ciudad de Sevilla.

No vamos a hablar hoy de Iptuci la romana, ni de la ciudad árabe, ni del Castillo de Matreda, pero sí de la referencia que en un artículo de «ABC» hacía a la villa, a su villa natal, el nuevo Académico, hablándonos de los condicionamientos históricos de su fundación a finales del siglo XVII, ese siglo que ha sido considerado como la subversión de las minorías cultas contra el antiguo régimen, subversión llevada a espaldas de la inercia mostrenca de las masas.

El asistente Olavide, a través de don Casimiro Angulo, ini-

ció esta colonización soñando que en aquella zona habría una inifinita multiplicación de frutos y ganados y eso que deseaba para toda España de un comercio y circulación activos, de caminos, de puentes, de canales, de riegos y mil obras públicas.

Ciertamente estos hombres de la ilustración, tantas veces denostados, van recibiendo hoy justicia en sus interesantes tentativas, aunque muchos de sus planes no se lograsen.

A los siete años deja Prado del Rey y viene a Arcos de la Frontera. Debemos atribuir a esta ciudad su vocación literaria. El mismo nos dice que en Arcos, donde el tiempo adquiere dimensiones extrañas y se convierte de pronto en intemporalidades históricas, desde la alta residencia de su arquitectura de piedra se explica incluso que los escritores y los libros del pueblo broten como alas a los pájaros: a pares; y así nos habla de nuestros compañeros de Academia los hermanos Cueva, de Carlos y Antonio Murciano, unidos además de por la sangre por la poesía, y de los otros que hoy ha evocado que tanto influyeron en él. Nos habla de los cielos de Arcos, sin que tenga que darlos por perdidos como algunos de Sevilla daba por perdidos nuestro poeta Joaquín.

Después estudia Derecho y acabada la carrera se incorpora al Ilustre Colegio de Abogados Hispalense y es nombrado Asesor Jurídico de la Caja de Ahorros San Fernando de la Excelentísima Diputación Provincial. Esa Caja de Ahorros que, aparte de sus cometidos económicos, cumple con tanta generosidad una intensa labor cultural. El ejercicio profesional lo lleva con gran competencia, y no obstante su juventud goza ya ante los Tribunales de Justicia de un bien ganado aprecio.

Sus obras son principalmente críticas, y así, al prologar una de ellas, Ramón Solís nos dice que Juan de Dios es un hombre estudioso, que trabaja de manera consciente en el difícil campo de la crítica para la que reúne las condiciones de lector concienzudo e infatigable, hombre de gusto e ideas claras.

Por nuestra parte añadimos que su crítica tiene una calidad notable: la atenta vigilancia a la actualidad literaria, de modo que podemos decir que en los últimos doce años no ha habido movimiento, bien o mal hecho, en el campo de las le-

tras, que no haya tenido a través de él su inmediata constatación.

Sus estudios sobre la poesía sevillana desde el 27 hasta la fecha, recogidos en un primoroso libro, finalista en el premio Ciudad de Sevilla, constituyen la labor más completa que se ha hecho sobre el particular.

Hay nos habla de un hecho cierto: la narrativa andaluza, que es una realidad viva, aunque haya a quien no le agrade. Nos dice de ella que ha dado «más de cincuenta nombres vivos en el censo narrativo; un buen puñado de novelas válidas; un indudable talante creador, determinado por la tensión estética y por el culto idiomático», y algo menos indicativo pero sintomático, los premios logrados.

Estudia cómo la meridionalidad constituye un factor suficiente para incluir en la forma de vida, y el novelista se nutre fundamentalmente de una experiencia vital, llegando a la conclusión de que esta narrativa tiene sus peculiaridades propias.

Sin embargo, tenemos que distinguir y aclarar que esta meridionalidad no es creadora ni desemboca en un fenómeno local o regional que traería como consecuencia una limitación o empequeñecimiento, como señaló Angel Ganivet y más tarde Pío Baroja. No el lugar en que se ha producido esta manifestación da un matiz a temas universales que se producen en determinado paisaje o ambiente que es el escenario donde residen vidas.

Uno de los ejemplos más claros de universalidad en la creación novelística lo tenemos en una breve novela que es de las más grandes que se han escrito: «Malva» de Máximo Gorki. El tema es simplísimo, un tema de amor que enfrenta a un padre y a un hijo que son dos edades en lucha. Los personajes son rusos y tiene lugar la acción en una pesquería del mar Negro. Mas el tema es tan universal que los elementos que se manejan —mar, cielo, hombres— son tales que esta novela sería la misma si su escenario fuese las playas de Laredo o de Ayamonte o cualquiera de la Bretaña francesa, y es porque el novelista juega con una fuerza terrible esos valores definitivos que llamó don Antonio Machado los universales del sentimiento.

En elogio de esta joven novela andaluza, de la que no daremos un solo nombre de obra o autor para no incidir en predilecciones, hemos de decir que tiene una temática universal, aunque esté ceñida en determinados momentos a motivaciones que pueden ser de una hora en una región.

Ruiz Copete lo examina todo y nos dice, citando a Manuel Andújar, que los problemas que resuelven nuestros narradores son análogos a los de cualquier confín peninsular, pero da un salto a Hispanoamérica y nos hace ver las similitudes, unos puntos de coincidencia entre ambas creaciones, nombrando a diversos autores que cree que están, unos hispanoamericanos y otros andaluces, más próximos entre sí que con nuestra tradición novelística del siglo pasado. Los ve más cerca de ellos que de los clásicos de finales del XIX y los del 98.

Discrepamos, creemos que hay una continuidad perfecta con ellos: Galdós, Valera, Clarín, el mismo Pereda, tocan en ocasiones temas políticos, que a partir de Baroja se convierten en sociales.

No debe engañarnos este paralelismo entre Andalucía e Hispanoamérica, tan perfectamente estudiado. Hay entre estos jóvenes novelistas andaluces —estamos a punto de romper el silencio sobre nombres y obras a que nos hemos comprometido— no pocos enlaces que nos hacen ver que nuestra narrativa es hija legítima de la tradición novelística española.

Por el contrario, estamos conformes con la refutación que hace nuestro orador a Rodríguez Padrón cuando cree que los narradores han sido una réplica a la literatura hispanoamericana. No, sino tan solo una coincidencia en el tiempo porque hay identidades de raza y problemas, problemas meridionales, que no pueden desconocerse y surgen ante ambientes sociales parecidos.

Pero siempre que se nos habla de la narrativa hispanoamericana volvemos la vista a nuestro genial Valle Inclán y su novela impar, cuyo tirano, don Santos Banderas, ha sido objeto posteriormente, por escritores de ambos lados del océano, de muchas y solo algunas afortunadas réplicas. Puede que sea atrevida nuestra creencia pero el escritor gallego, después

de muerto, ha renacido en muchas obras posteriores. Sus rayos de luz todavía caminan hacia la literatura actual.

Lo mismo que decimos que la narrativa andaluza es parte de la española, la hispanoamericana no puede negar su origen en nuestra literatura clásica y moderna: es hija de la primera y hermana de la segunda.

Discrepamos fundamentalmente de un punto que se señala respecto a los escritores extranjeros que visitaron España y sus apreciaciones sobre Andalucía. Tenemos que volver a recordar —y decimos recordar porque ya lo hemos indicado otra vez— la frase de Teófilo Gautier que dijo que los españoles nos enfadábamos cuando se hablaba poéticamente de nosotros. Hay mucho de cierto en esta frase, y no podemos desdeñar la obra de estos autores que contribuyó, pese a errores en el pormenor, a darnos a conocer.

Realmente, leyendo las páginas de Fort, Borrow, Merimée, Dumas, D'Amicis, Peyre, Monterland, hemos de ver que hay no poca generosidad al describir nuestros monumentos, nuestros paisajes y sobre todo al estimar el alto valor moral de las clases populares españolas. También este entusiasmo lo encontramos hasta en las encarnizadas páginas de Illya Eremburg y en los ambientes equívocos de Francis Carco. No podemos desdeñar a estos hombres que recorrieron España y dieron cuenta de ella, aunque incurrieran a veces en la españolada, que en los más de los casos les fue facilitada por nuestros comentaristas.

No es que creamos, líbrenos Dios de coincidir con él, como Giménez Caballero que la españolada nos ha hecho mucho bien, pero sí que estas apreciaciones, aunque a veces tengan páginas que lindan en lo grotesco, de estos autores, han servido para darnos a conocer y han sido en su mayor parte elogiosas.

No obstante haberme comprometido a no dar el nombre de ninguno de los narradores andaluces de los que se ha tratado, ni de ninguno de sus libros, me veo forzado a hacer una excepción por no poder omitir algo que considero fundamental para el buen desempeño de este trámite.

Es un libro llamado «La vida... y otros cuentos».

Se desarrolla en una serie de pequeñas narraciones en que se recogen ambientes humildes y donde nos tropezamos con descripciones, unas neorrealistas y otras de verdadero sabor clásico. Así, uno de los cuentos se reduce a una serie de comentarios en la taberna del pueblo un día cualquiera de un año de sequía, y en otros vemos a estos hombres sencillos jugando a los naipes.

Otra vez es un paisaje: «pocas veces había subido Matías a lo alto del pueblo y descubrió una nueva, desconocida perspectiva. La torre de la Iglesia se veía desde allí con la mirada en horizontal, sin necesidad de alzar la vista. Por la tapia de un corral asomaba un naranjo grávido de frutos, de un color verde, sin madurar todavía. Una gallina picoteaba en el suelo. Pasó una mujer con un hijo aún sin nacer».

Ahora es un obrero, Nico, que muere desesperado de un barreno: «la explosión seca, sorda, brutal, se extendió por el ambiente como aturdiendo. Fue un estallido horrible que anuló por un momento todos los ruidos, sumiéndolo todo en un silencio espeso. Tras la explosión, la tierra se abrió en una enorme grieta y al aire saltó una masa de polvo como una nube.»

«Cuando los hombres se acercaron, Nico yacía en el suelo inmóvil. En la cara se le había dibujado una horrible expresión de último gesto.»

Tengo que decir que el autor de este libro es Juan de Dios Ruiz Copete, no mero crítico, no espectador que contempla las narraciones de otros en lugar seguro, sino que sabe descender a la arena y escribir con un estilo propio y dando a la letra vigor y vida. Es quizás un aspecto de su tarea en el que le esperan grandes triunfos. Así le dice Carlos Murciano que venga en buena hora y con buen pie, al ancho campo de la narración.

Ruiz Copete ha lanzado una valiente crítica y ha dado fe de esta realidad: los novelistas jóvenes andaluces. Los estudia con acierto y se remonta en los precedentes hasta la Picaresca, descendiendo hasta este indudable florecer diciéndonos que hay ahora un catálogo que va de la concepción tradicional a la vanguardia, desde el realismo a las técnicas de nuevo obje-

tivismo; desde los viejos enunciados de la narración psicológica a las nuevas perspectivas de las zonas ocultas de la personalidad.

Un gran discurso, un gran trabajo, minucioso, detallado, polémico puesto que no ha rehuído hacer frente a las críticas adversas.

Un día un académico en su llegada nos habló de flores y jardines, y nosotros hicimos ver cómo llegaba un nuevo brote de vida, una verde humareda al jardín de nuestra casa; hoy llega un soplo espiritual que nos trae toda la inquietante, y añorada, gracia de la juventud.